

cabello, que os escondéis entre los adornos de sombreros y capas, que ensuciáis el arroyo (en Madrid, ensuciar el arroyo es otro colmo lo mismo que lavar el agua), que constituís un ataque «a la libertad individual» de los señores y señoras a quienes alevos manos cubren de papelillos. ¡Vaya unos pecados, que han cometido los *confetti*! Las muchachas bonitas, al recibir sobre la cabeza un puñado de papelillos, sonríen. Sólo las gentes viejas y malhumoradas demuestran impaciencia y enojo.

* *

Al llegar aquí la crónica, recibo una noticia bien triste... Campoamor ha muerto. El estrépito del motín no basta para apagar la resonancia del fúnebre tañido. Campoamor ha muerto. El siglo xx no le concedió, de esa vida que tanto amaba, sino un mes y once días. A la hora en que el gran baile de palacio estaba en su plenitud - a la una y media de la noche, - Campoamor se despedía para siempre del mundo.

Tenía ochenta y tres años. Había nacido en 1817 en Navia, pueblecillo de Asturias. Era muy viejo, y además valetudinario, y sin embargo asociábamos a su nombre ideas primaverales. La misma edad que él contaba aquel otro D. Ramón, Navarrete, asistente obligado a todas las *soirées* del gran mundo; y mientras en Campoamor, retirado, se veía una representación de la eterna frescura de la Musa, de Navarrete se hacía el símbolo de la caducidad, repitiendo el conocido estribillo:

Nació el año diez y siete
el señor de Navarrete.

* *

Campoamor, por parte de padre, descendía de humildes labradores; por parte de madre, era de familia hidalga y muy preciada de linaje. Murió el padre muy joven. La madre, activa y enérgica, no debía de profesar gran afición a las letras, cuando a su muerte se encontraron en su poder los libros de su hijo intonso, sin cortar las hojas.

Hasta los nueve años, Campoamor, ya huérfano de padre, vivió en el antiguo *Pago* de Piñera, residencia solariega de su tía la señora de Camposorio. El poeta decía que allí había adquirido la afición a vivir cómodamente y los hábitos de pereza. Allí también se robusteció su cuerpo, se enriqueció su sangre y adquirió el equilibrio y la salud que le predestinaron a la longevidad.

En Puerto de Vega estudió humanidades y se encariñó con Horacio y Virgilio. De Horacio tenía mucho Campoamor; la humorística melancolía, las suaves lágrimas que por la brevedad de la existencia y lo prosaico del amor llora el alma. Si aborreció los preceptos que le enseñaba aquel insufrible dómine D. Benito, tan semejante al Pupilo Orbilio, preceptor de griego de Horacio, en cambio el espíritu horaciano infiltróse en sus venas.

Hasta cerca de los veinte años vivió en la aldea ó en reducidos pueblecillos Campoamor. A los diez y ocho se le ocurrió ingresar en la Compañía de Jesús. Era la misteriosa crisis de religiosidad que, en las naturalezas poderosas, suele coincidir con los primeros albores del sentimiento sexual y las primeras revelaciones fisiológicas. En Campoamor la religiosidad era vago impulso de sentimentalismo, que no le impedía encontrar las iglesias muy sucias, el rosario muy monótono, los crucifijos muy sangrientos y fúnebres, y los rezos *una pesadilla*. Al mismo tiempo «sentía vértigos, veía apariciones, creía en brujas...»

El conato de ceñir la faja jesuítica es una de las páginas más curiosas de la biografía de Campoamor. Él nos la ha referido, en su estilo de peculiar encanto. Cuando desistió de tales proyectos, vino a Madrid, y encontró un hogar cariñoso en la casa del doctor D. José Serra y Ortega, tío del niño que fué después insigne escritor dramático y amigo inseparable de Campoamor - Narciso Serra.

Al pronto se aficionó a la Medicina. Pero no pudiendo fumar (Campoamor aborreció siempre el tabaco), no pudo tampoco resistir la cátedra de anatomía. El marqués de San Gregorio, célebre facultativo, le dijo entonces: «Deje usted la Medicina y dedíquese a las Letras. Para médico le sobran a usted muchas arbores de agudeza: en la literatura está su porvenir.»

* *

Abandonada la Medicina, intentó Campoamor estudiar Derecho; pero invencible fastidio le apartó de la casa de Temis, como le había apartado de la de

Esculapio. Por fin acertó con su natural vocación, consagrándose a las letras y a la política. Ingresó en el que llamaban entonces *partido moderado*, y fué de los entusiastas de la reina gobernadora, Cristina de Borbón, a la cual celebró en verso y prosa. A los treinta años, el conde de San Luis le nombró *jefe político* de la provincia de Castellón. Hizo un gobernador resuelto y algo arbitrario, y tuvo, con ocasión de su mando, bastantes disgustos y desafíos. De Castellón pasó a Alicante, y allí conoció a la que después fué su esposa, doña Guillermina O'Gorman, «una Gracia que vale por tres: la reunión de Aglaza, Talía y Eufrosina; el pudor, la alegría y la hermosura juntas; ó, como dice más elegantemente Séneca, la que da el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve.»

* *

Mucho amó Campoamor a esta señora: mil cariñosos extremos se recuerdan de su intimidad conyugal; pero, como no hay dicha completa, bastante le hizo sufrir la extraña manía religioso sentimental que padecía doña Guillermina O'Gorman. La dama, para casarse con el poeta, había roto otras relaciones ya antiguas, y creíase culpable de la muerte de su primer novio, que sucumbió víctima de la tisis. Esta idea fija acaso determinó la neurosis, que se revelaba en crisis de aseo, en horror a todo contacto humano, en convencimiento de que estaba maldita por haberse caído al suelo, al comulgar, la partícula sagrada. Y Campoamor, a la puerta de un templo, decía a sus amigos: «Salgo de oír misa. Prefiero oír misa que oír a mi mujer.» Es de advertir que en los últimos años de la vida, Campoamor recobró la fe de su juventud y se confesó muy devotamente. Pero mientras vivió doña Guillermina - que, entre paréntesis, era de origen irlandés, - Campoamor tuvo miedo a la censura doméstica, procuró ocultar lo que escribía, y hacer creer a su esposa que era el más ortodoxo de los literatos.

* *

Y será esta pusilanimidad doméstica la única que a Campoamor puede reprocharse. Porque en el terreno político nadie fué más entero, nadie más capaz de cualquier acto de verdadera audacia. En Valencia, siendo gobernador, abrió las puertas a los amotinados y se expuso tranquilamente a la suerte horrible de Camacho, arrastrado por las turbas. En el desafío con Topete, dió pruebas de increíble serenidad, a pesar de hallarse muy enfermo de calenturas cotidianas. Por poco cuesta aquel lance la vida a Topete, y evita la revolución de 1868.

* *

La Restauración no vió en Campoamor al antiguo *moderado*, sino al poeta insigne, y Cánovas del Castillo y Romero Robledo colmaron de atenciones y distinciones al autor de las *Doloras*. Campoamor ejerció altos cargos, y hubiese podido ser más, en el orden político, si ya la ambición no hubiese apagado sus fuegos y la vejez que empezaba no impusiese a aquel epicúreo el reposo, el dulce ocio y el único afán de prolongar la existencia. Hace dos años, quisimos Romero Robledo y yo iniciar un homenaje público y universal: la coronación de nuestro primer poeta lírico Campoamor se opuso, no con falsa modestia, sino con terror verdadero. Creía él que la coronación le costaría la vida. Encerrado en su casa de la calle de Recoletos; saliendo únicamente a las horas de sol, abrigadísimo, en coche cerrado; sometido al régimen más minucioso y estricto, Campoamor temía la emoción, la alteración de sus hábitos, aunque sólo fuese un día. Y sin embargo, ¡quedábanle ya tan pocos!

* *

¿Qué tendrá la vida, que así la amen el menos coarde, el más viejo, el más pesimista, el enfermo, el casi impedido por los achaques y la edad? ¿Qué tendrá la vida, que Campoamor la amó más que a la gloria?

Al morir Campoamor desaparece una de las ya contadísimas grandes figuras que nos había legado el siglo XIX. Se apaga un astro. Se condensa la sombra. Inútil y encerrado entre cuatro paredes, mientras vivía era luz, era rayo de sol aún. ¡Pobre maestro! ¡Quién pudiera haberte hecho el regalo de Meístófeles a Fausto - la juventud!

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL CARNAVAL. - CAMPOAMOR

Yo hablaría del dios Momo, pero ¡si nadie se acuerda de él más que para servirle, es decir, para divertirse, porque divertirse es servir al alegre y sarcástico inmortal! Este año, a decir verdad, el Carnaval callejero empezará muy tarde. No observo la afición a arrojar *confetti*, inocente pasatiempo de los años anteriores. En esta semana que al Carnaval precede, estaban ya las calles salpicadas de papelillos, y las serpentina principian a desarrollar sus roscas multicolores desde las ventanas al suelo. Hogaño la multitud no piensa en solazarse. Constantemente agrupada en las calles de San Bernardo, Isabel la Católica, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y Plaza de Oriente, profiere vivas y mueras, hierve como el agua puesta a la lumbre, tira piedras y rompe faroles, si puede, y hasta que el Domingo de Carnestolendas asome Febo su rubia faz, no acudirá a la memoria de los madrileños que estamos en Carnavales, que hay que ponerse la máscara y echar *confetti* a todo trapo.

* *

Yo ya he manifestado aquí mismo mis simpatías por los *confetti*. Ni manchan, ni lastiman, y alegran la vista de un modo extraordinario. Dios castiga a las autoridades, no sin palo ni piedra. ¿No queréis inofensivos y regocijados *confetti*, la lluvia de mil colores que anima el aire? Pues tomad motines, tomad pedradas, tomad bastonazos, tomad cuanto da de sí la inquietud y el descontento popular. ¡Pobres *confetti*, la más barata y honrada de las expansiones de Carnaval! ¿Qué os achacan? Que os enredáis en el